SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR - MISA DE MEDIANOCHE
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
25 de diciembre de 2013
Is 9, 1-6; Tit 2, 11-14; Lc 2, 1-14

Todo es simplicidad y serenidad en la primera parte del relato evangélico que hemos escuchado. Pero, la simplicidad y la quietud que refleja la escena en torno al pesebre donde María puso a *su hijo primogénito*, se transforman, *en la misma región*, donde *había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño*, en un canto gozoso y entusiasmador; después de recibir el anuncio del nacimiento del *Mesías*, una *multitud* celestial canta: *Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.*

Sí, el nacimiento de Jesús, hermanos y hermanas, glorifica a Dios en su designio de amor por la humanidad, y es portador de *paz*. Por eso los ángeles proclaman la *gloria* de *Dios en el cielo* y luego anuncian la paz en la tierra, *a los hombres que Dios ama*, es decir, a la humanidad entera. Según las profecías antiguas, el fruto por excelencia de la venida del Mesías debía ser precisamente la *paz*. La *paz* con Dios, la *paz* con uno mismo y la *paz* en el mundo. Jesús, el Mesías, es -como decía el profeta Isaías en la primera lectura de esta vigilia- el *Príncipe de la paz*. Ya al inicio de la celebración de la Navidad, la Iglesia pone en labios de quienes participan en la alabanza de vísperas, estas palabras "El Rey de la *paz* ha sido glorificado, toda la tierra desea verlo". Sí, Jesús, a pesar de su debilidad de recién nacido, es el portador de la *paz* en el mundo. Cuando será mayor, con la predicación del Evangelio, guiará a todos *por el camino de la paz* (cf. Lc 1, 79) y, derramando la sangre en la cruz, *pondrá la paz en todo lo que hay* (Col 1, 20). En la Navidad, pues, vemos como se empiezan a cumplir aquellas palabras del profeta: *mis designios son designios de paz y no de desgracia* (Jr 29, 11).

Mirando, sin embargo, a nuestro mundo, podemos pensar que esto no es así; lo vemos lleno de desgracias, de guerras, de violencia, de opresiones de los débiles, de conflictos entre pueblos, en el seno de las familias, etc. Los hay que, constatando esta realidad, no creen que el nacimiento de Jesús sea portador de *paz*; más aún, no creen que *los designios* de Dios sean de *paz*. Y hasta niegan la existencia de un Dios bueno, amigo de la humanidad.

En cambio, año tras año, y a pesar de la violencia y la muerte que hay en el mundo, la Navidad nos trae con insistencia el mismo mensaje: *en la tierra paz a los hombres* porque *mis designios son designios de paz*. A pesar del mal y la violencia que hay en el mundo, los cristianos hemos descubierto que Jesucristo es verdaderamente el portador de la *paz*. Muchos no saben que Jesús es el *Príncipe de la paz*, pero anhelan la *paz* en el fondo del corazón y la *paz* en el mundo. Porque la *paz* de la que es portador el Cristo tiene una dimensión personal y otra colectiva. La acogida personal en la fe del nacimiento de Jesús nos renueva la alianza de amistad que Dios hace con nosotros, y, por tanto, su pacto de amor, y esto pacifica nuestro corazón. Además, nos predispone a nivel comunitario, eclesial, y social a vivir reconciliados y en armonía con los demás. Es precisamente la pacificación de los corazones de los creyentes y de todas las personas de buena voluntad la que debe llevar a trabajar por la *paz* y por la justicia en el mundo. En este sentido, hay que tener presente que la *paz* que Jesús, al nacer, lleva a la humanidad es un don de Dios, pero también fruto del trabajo humano, individual y colectivo. Sólo desde la vivencia del espíritu de las bienaventuranzas podremos acoger y trabajar sinceramente por la *paz*. Porque la Navidad, a pesar de ser portadora de *paz*, no supone automáticamente su establecimiento; es necesario que la trabajemos y la hagamos crecer primero en nuestro interior, pues sólo los hombres y mujeres de corazón pacificado podrán ser constructores de paz en el mundo. Y aquí hay todo un reto para nosotros, un reto que nos pide crecer en la

humildad, en la limpieza de corazón, en la compasión, en hambre de justicia, en el tener un espíritu de pobre, sin orgullo (Cf. Mt 5, 1-10). Parafraseando al profeta antiguo, podemos decir con toda verdad: *qué hermosos son* en el pesebre de Belén, *los pies del mensajero que anuncia la paz y la salvación* (Is 52, 7). Pero la obra de *paz* iniciada en el nacimiento de Jesús necesita nuestra colaboración; necesita que, bajo la acción del Espíritu Santo, nos pongamos a trabajar.

La *paz* que nos trae Jesús con su nacimiento y con toda su obra salvadora, no es como la que da el mundo (cf. Jn 14, 27), porque no es sólo ausencia de desórdenes, de violencia y de guerra, sino sobre todo una serenidad personal y un entendimiento cordial entre las personas y entre los pueblos que es fruto del Espíritu Santo. Los cristianos debemos ser artesanos de esta *paz*, por eso hay que trabajarla en nuestro interior y construirla en nuestro entorno para llevar a cabo la obra de Jesucristo. Somos conscientes, sin embargo, que el canto nuevo que los ángeles ofrecieron a la humanidad en Belén siempre tendrá un tono de nostalgia hasta que la *paz* se haya extendido por todo el mundo y refleje la *gloria de Dios*.

Desde este ser artesanos de *paz* y conscientes de que la *paz* es inseparable de la justicia, este santa noche nos sentimos urgidos a comprometernos más cada día en favor de la superación de la violencia que toma tantas formas y escuchar el clamor de los pobres. El Papa Francisco nos recuerda cómo la Escritura nos invita a vivir el amor fraterno, el servicio humilde y generoso, el trabajo a favor de la justicia y de la *paz*; nos recuerda cómo la Escritura nos urge a vivir la misericordia hacia el pobre (cf. Evangelii gaudium, 194). En esta celebración, concretaremos nuestro compromiso en una colecta a favor de Cáritas, que atiende cada vez a más personas necesitadas.

La condición necesaria para acoger la Navidad de Jesús como don para nosotros, es acoger al hermano, sobre todo al que pasa necesidad (cf. 1 Jn 4, 20). Ahora acogeremos la presencia sacramental de Jesucristo, el Mesías; cantemos, sí, *la gloria de Dios*, pero, para que la alabanza sea auténtica, hagamos obra de *paz*, hagamos obra de amor.